

Educación familiar a la ignaciana

Hacia un proyecto común de educación familia-escuela



Los centros desean acompañar y formar a las familias para que puedan asumir ciertos estilos educativos que propicien una relación familiar sana, en la que se pueda crecer en ciertos valores vinculados con el evangelio. Esto lo podemos hacer transmitiendo un estilo “ignaciano” a la hora de educar. Existen algunos elementos de la tradición ignaciana que, extrapolados a otros contextos, trasladan esta “ignacianidad”. Las cinco dimensiones características de la pedagogía ignaciana (contexto, experiencia, reflexión, acción y evaluación) pueden enfocar ese estilo educativo familiar.



Antonio José
Gordillo Romero



I. P. Cristo Rey
antoniogr@crstoreyva.com

 [@antgordi77](https://twitter.com/antgordi77)

Desde los comienzos de la Compañía de Jesús, la preocupación por las familias ha estado muy presente. Muchos proyectos, iniciativas, centros, formaciones, etc., han tenido a la familia como centro. Hoy en día se sigue pretendiendo crear ese sentimiento de familia al modo en el que Jesús vivió su realidad familiar, ya que se es consciente de la necesidad de una pastoral familiar integral que pueda responder a los retos concretos que en la actualidad se plantea en el contexto familiar.

Los centros de la red EDUCSI tienen el deseo de poder colaborar con el desarrollo de los proyectos educativos personales y familiares de las familias que tienen a sus hijos matriculados en ellos. Siendo así, sería un objetivo que desde la pastoral se pudiera contribuir a que la vinculación familia-colegio sea cada vez más real y necesaria para ambas partes. No por razones de matriculación o de otra índole práctica, sino porque los centros no son capaces de concebirse como educadores sin las familias. Los centros desean también acompañar y formar a las familias para que puedan asumir ciertos estilos educativos que propicien una cultura educativa familiar sana, en la que se pueda crecer en ciertos valores vinculados con el evangelio. Esto lo podemos hacer transmitiendo un estilo "ignaciano" a la hora de educar. ¿Cómo hacerlo a la "ignaciana"? Creo que existen algunos elementos educativos que, extrapolados a otros contextos, trasladan esta "ignacianidad". En este artículo afrontamos cómo las cinco dimensiones características de la pedagogía ignaciana (contexto, experiencia, reflexión, acción y evaluación) pueden enfocar ese estilo educativo familiar: la importancia del contexto vital de los hijos y de la pareja; promover la visión de que las experiencias cotidianas, ya sean buenas o no tan buenas, pueden ser vistas como oportunidades de aprendizaje; que estas experiencias deben animarles a la reflexión para entender el porqué de los comportamientos de los hijos y de sus propios comportamientos, y el cómo poder ayudarles en su crecimiento vital; promover que las familias incorporen en



su estilo educativo una acción que sea transformadora para ellas mismas y para la sociedad y, por último, evaluar el aprendizaje experimentado en la vida cotidiana, desde el agradecimiento, lo cual indica el grado de crecimiento, asimilación del horizonte vital hacia el que se encamina como familia.

Contexto

Contextualizar la educación de las familias y los hijos supone la consideración de determinados factores que inciden en los procesos de enseñanza y aprendizaje y que viven las relaciones familiares para situar la educación de los padres y de los hijos en un tiempo, en un lugar y en unas personas concretas.

Un primer factor tiene que ver con conocer a los hijos en cuanto a su persona: carácter, gustos, temperamento, dificultades, deseos, miedos, potencialidades, cómo funciona su cerebro, las motivaciones que tiene, etc. El ambiente: conocer los lugares por dónde se suelen mover. Su relación con otros: amigos, otros miembros de la familia, compañeros del colegio, etc.

Un segundo factor sería el conocimiento y cuidado de los padres. Cuidado del propio crecimiento personal y de pareja, formación familiar, etc. Tener en cuenta situaciones económicas, sociales, culturales, religiosas, etc., de la propia pareja.



Los adultos, en las familias, deben pasar de ser educadores que imponen las normas, los límites porque sí, a ser acompañantes, guías de los hijos que saben conjugar la ternura con la firmeza

Y como tercer factor habría que tener en cuenta algunos aspectos extrafamiliares. Los contextos sociales, culturales, geográficos, religiosos, políticos, económicos, etc., de la sociedad en la que se vive.

Es importante tener en cuenta el contexto ya que las relaciones, las experiencias humanas no se desarrollan nunca aisladas del entorno, no se producen en el vacío, sino que se llevan a cabo en un contexto determinado. Si no se tienen en cuenta estas realidades probablemente las decisiones que se tomen, las maneras de afrontar algunas experiencias pueden generar conflictos, interrupciones, etc., por no tener toda la información para afrontar esas situaciones. Tener la mayor cantidad de conocimientos permite la mayor parte de las veces tomar mejores decisiones o tomarlas con mayor libertad.

Esto se consigue favoreciendo el conocimiento de los hijos. A través de un

diálogo fluido, sereno, profundo, sincero; a través de ciertas formaciones específicas, lecturas sobre temas que puedan interesar a las familias; observando y siendo partícipe de la vida de los hijos. También se puede conseguir profundizando en el conocimiento de la pareja, potenciando momentos y espacios de diálogo entre ambos, acudiendo a ciertos retiros para cuidar a la familia, etc. Y no se puede obviar el conocimiento del mundo en el que se desenvuelven los hijos, se necesita estar informado de los gustos, las tendencias, las lecturas, los juegos, la música o el arte, entre otros, que consumen los hijos para poder conocer, por ejemplo, sus intereses.

Experiencia

Retomando la frase de san Ignacio del “gustar de las cosas internamente” [E.E. 2], esta manera de entender y afrontar las situaciones cotidianas como experiencias de las que aprovecharse para educar a los hijos, tiene que ver con no vivir las situaciones del día a día como guerras a luchar. Los momentos en los que las familias viven situaciones de conflicto, de angustia e intentan sobrevivir más que disfrutar o educar a sus hijos, son en realidad poderosas oportunidades para ayudar a progresar a los pequeños. Sería como tomar la vida diaria como un gimnasio para entrenarse.

Todas las vivencias, experiencias, retos se pueden usar para ayudar a los niños a que desarrollen las características y habilidades para la vida que les ayudarán a convertirse en personas felices, ciudadanos responsables en una sociedad compleja.

Las experiencias del día a día, los errores y aciertos que los padres cometen, pueden vivirse como oportunidades para mejorar comportamientos y afianzar actitudes y habilidades. Las familias, ante las dificultades, no se deben quedar en el catastrofismo del error, ni de las familias ni de los hijos, ni en hacerles pagar por ello. Lo adecuado es afrontar estas experiencias desde el diálogo con ellos, aceptarlos,



no asociar el error con el fracaso, buscar soluciones y, sobre todo, tener en cuenta que lo importante es el ejemplo que se puede dar ante las adversidades. De esta manera se pueden conseguir niños más alegres, optimistas, con ganas de aprender, que buscan soluciones ante las dificultades, que no se esconden si han fallado, con mejor ambiente en casa o en clase, etc. Es importante vivir estas experiencias y ponerlas en práctica primero como padres (no culpabilizándose, no castigándose por no ser perfectos, sino tratando de mejorar, intentando buscar soluciones y siendo ejemplo al reconocer los fallos) y también con los hijos (ser modelo de pedir perdón, reconocer ante ellos que se falla y que se quiere mejorar, etc.).

Es clave afrontar con los hijos las experiencias no solo desde el intelecto, desde la lógica, desde la razón. Es importante usar los sentidos, la imaginación, los sentimientos, las emociones para trabajar con los hijos las experiencias vitales, los retos, oportunidades y conflictos que surjan. Todo esto lleva a que los adultos en las familias vivan un cambio de rol. Pasar de ser educadores que imponen las normas, los límites porque sí, a ser acompañantes, guías de los hijos que saben conjugar la ternura con la firmeza. Los pequeños deben percibir que sus padres, aunque no sean perfectos, son fiables, saben qué pueden esperar de ellos.

Para favorecer este proceso en el aprendizaje familiar, sería bueno usar mucho la comunicación, el diálogo. Utilizar mucho las preguntas abiertas para interpelar a los hijos y que puedan sacar sus propias conclusiones y confrontarse a sí mismos como adultos con el mismo fin. Los adultos pueden ser ejemplo para sus hijos al recordar con ellos vivencias en su niñez y compartir cómo las resolvieron, pueden favorecer los tiempos de silencio que ayudan al niño y a ellos mismos a identificar sus reacciones afectivas frente a diferentes situaciones que se hayan podido vivir.

Reflexión

Este momento del proceso tiene que ver con el esfuerzo que deberían hacer padres e hijos para profundizar en el significado, en las implicaciones, en la importancia de las vivencias familiares que se van experimentando. Esto lleva a que se consoliden y se interioricen las maneras de afrontar los conflictos, de aprovechar y vivir con alegría los momentos felices que se dan, las creencias, los valores y actitudes familiares, etc. En definitiva, ayudarse mutuamente a reconocer que el significado de lo que se va aprendiendo se afianza y se pueda llevar a la práctica en cualquier ámbito de la vida, ya sea el familiar, el laboral o el colegial.

Existen algunas dificultades que se pueden encontrar las familias en este



CAMINANDO JUNTOS

Preguntas de reflexión para las familias:

- Para pensar sobre el contexto de la familia:
 - » ¿Cómo es el carácter de los miembros de la unidad familiar? ¿Cuáles son sus dones? ¿Cuáles son sus fragilidades? ¿Cuáles son sus gustos, sus aficiones...? ¿Cuáles son las relaciones que establece con otras personas? ¿Cuáles son los sueños, los deseos, los horizontes vitales?
- Para pensar sobre las experiencias del día a día:
 - » ¿Cómo vivimos los posibles conflictos que ocurren en el día a día? ¿Qué sentimientos provocan en cada uno? ¿De qué manera los afrontamos? ¿En qué necesitamos mejorar?
 - » ¿Cómo vivimos las situaciones diarias más positivas? ¿Las compartimos con los demás? ¿Nos alegramos de las cosas que nos salen bien? ¿Qué necesitamos potenciar para fortalecer los vínculos positivos?
- Para pensar sobre los momentos de reflexión familiar:
 - » ¿De qué manera solemos profundizar en las situaciones que vivimos en la familia? ¿Dedicamos algún tiempo a pensar en las implicaciones que tienen los hechos importantes que ocurren en la familia? ¿En qué momentos afrontamos los conflictos, lo hacemos inmediatamente o dejamos que la calma vuelva a nosotros?
- Para pensar sobre posibles acciones:
 - » ¿Cómo dejamos que nuestros hijos/as vayan aplicando los valores que aprenden en la familia? ¿Cuáles son las dificultades que percibimos para que los hijos/as no apliquen, fuera o dentro de la familia, lo que aprenden en el contexto familiar? ¿Cuáles son las oportunidades que se nos brindan para pasar de la teoría a la práctica en las relaciones familiares?
- Propuesta para "evaluar" el día a día familiar:
 - » ¿Qué podemos agradecer de lo que nos ha ocurrido hoy? (Podemos hacer un breve recorrido por lo vivido en el día de hoy).
 - » ¿Hemos aprendido algo de alguien, de alguna experiencia vivida hoy?
 - » ¿En algún momento hemos visto la acción de Dios? ¿Hemos visto hoy en alguien el ejemplo de Jesús de Nazaret?
 - » ¿Tendría que pedir perdón por algo que haya hecho hoy?
 - » ¿Qué me gustaría que ocurriera mañana?

proceso y tienen que ver con entender que, dependiendo de la edad del hijo, de su momento evolutivo, esta reflexión se puede hacer con mayor o menor profundidad. Debe quedar claro que el cerebro del niño y el de los adultos no está preparado en determinados momentos para realizar este ejercicio complejo de profundización y sacar conclusiones de las experiencias. A medida que el pequeño va creciendo, el nivel de profundización será mayor, por lo que los padres al principio deben adquirir un rol más activo al asumir que ellos deben hacer las reflexiones y compartirlas sosegadamente con los hijos. A medida que van creciendo se deberán usar herramientas para provocar que los hijos hagan de manera propia esa reflexión.

Otra dificultad tiene que ver con la pretensión de hacer estas reflexiones y sacar conclusiones justo en el momento del conflicto o inmediatamente después. En este momento el cerebro está en un estado reactivo, e incapaz de razonar, tanto el del adulto como el del pequeño. Las familias deben tenerlo en cuenta para posponer la reflexión y buscar el momento adecuado, con tranquilidad para hacer este proceso. Normalmente se necesita un tiempo para que la parte del cerebro que controla el razonamiento lógico sea el que "gobierne" el comportamiento. Se necesita llevar al cerebro a un estado de conexión para hacer esa reflexión.

Para favorecer este proceso de reflexión sería importante potenciar en el diálogo familiar diversas preguntas: el qué, el cómo, cuándo, por qué, etc. Usar la imaginación siempre es una herramienta muy potente, sobre todo para los pequeños, utilizar dinámicas en las que se pueda plasmar por escrito, a través de dibujos... las conclusiones, los acuerdos. En este proceso también es clave favorecer tiempos de silencio, sin ruidos externos e internos que faciliten la reflexión personal y familiar. Trabajar el desarrollo de diferentes tipos de pensamiento es importante para este proceso. El pensamiento causal, el consecuencial, el alternativo siempre ayudará a buscar diferentes maneras de enfocar tanto la experiencia vivida como las causas, las consecuencias, posibles soluciones, etc.

Acción

La acción en un contexto de educación familiar tiene que ver con todas aquellas actitudes, habilidades, valores que se trabajan con toda la familia, incluido los adultos, y que la familia percibe como se incorporan en cualquier ámbito de la vida y que se ofrecen a la sociedad. En cualquier proceso educativo, madurativo, es difícil ver los resultados ya que, al ser procesos a largo plazo, los valores, actitudes, etc., que se trabajan tardan mucho tiempo en afianzarse e incorporarse de manera rutinaria a la vida. Por ejemplo, en un contexto escolar, la mayoría de



los resultados que se observan tienen que ver con lo académico; el resto no se suele ver de manera consolidada en el periodo escolar, se comienzan a percibir en la etapa de estudios superiores y post estudios superiores. En un contexto de educación familiar los cambios en estos valores, de actitudes o de habilidades sociales se van observando poco a poco y se percibe cómo se afianzan y se consolidan a medida que el cerebro del niño va madurando con el tiempo.

Los aprendizajes que los hijos van adquiriendo en su vida, más allá de los académicos, necesitan ser reflejados y manifestarse en su vida diaria. Todo lo que las familias trabajan con ellos, tiene como objetivo que los pequeños lo pongan en práctica en los entornos en los que se mueven a diario y no solo se pretende que adquieran conocimientos teóricos para almacenarlos en su cerebro. Por ello, es importante dejar que los hijos entrenen en el día a día en la familia, con los amigos, en la escuela. Que aprendan a poner en práctica esos conocimientos, como la capacidad para expresar sentimientos, las habilidades para resolver conflictos,

los valores que les ayudan a tomar decisiones con libertad, etc. Es importante que los hijos vayan siendo conscientes de sus avances, de sus progresos y para ello es clave el diálogo con los adultos.

Para ayudar a que los hijos vayan viendo cómo van incorporando los aprendizajes, es interesante facilitar espacios y tiempos, acordes a la edad y proceso madurativo, para que elaboren sus propias conclusiones sobre su evolución, sus aprendizajes, sus reflexiones. Para ello es vital preguntarles directamente a ellos sobre los valores, convicciones y actitudes que les ayudan en sus vidas. Es bueno incentivar que los hijos devuelvan a la sociedad todo lo bueno que van aprendiendo, que puedan poner al servicio de los demás, sobre todo de los más pobres, todas sus potencialidades, de manera que vayan creciendo como ciudadanos responsables para con los suyos.

Evaluación

La evaluación en un proceso de este tipo se concibe de manera diferente a como se concibe en un entorno escolar, aunque en el fondo se puede pretender lo mismo.



La finalidad es que tanto los adultos como los hijos sean conscientes sobre las cosas que van asimilando unos y otros, en qué necesitan mejorar, en qué están cumpliendo los “objetivos”. Como se indica, es importante recalcar que esta dinámica no está enfocada solo en los hijos, sino tam-

bién en los adultos y que no pretende sacar a la luz los conocimientos teóricos como si fuera pasar un examen.

Una educación familiar con rasgos ignacianos no pretende que los hijos memoricen y conozcan solo los modos de proceder o los valores importantes para el desarrollo personal de manera teórica. Como se ha indicado, es en la acción como se percibe si los conocimientos se han interiorizado y sirven para la convivencia diaria. Para que tanto hijos como padres vayan reconociendo en qué momento vital se encuentran, sería positivo instaurar una cultura familiar de revisión vital. Para hacer esto se puede proponer hacer un “examen ignaciano” adaptado a un nivel familiar para aquellas familias que puedan situarse ante Dios para revisar su vida, y para aquellas que no lo hagan, esta misma revisión puede ser válida eliminando las referencias a la trascendencia.

Conclusión

Educar teniendo en cuenta el contexto familiar y social; vivir las experiencias diarias como oportunidades; incentivar una reflexión serena y profunda de estas experiencias; entrar en una dinámica de cambio personal y sabiendo revisar a la luz de Dios la vida familiar supone implementar una cultura familiar que puede ayudar a todos los miembros de la familia a desarrollar un proyecto de vida familiar que surge de una llamada de Jesús a mirar hacia un horizonte vital de sentido y plenitud •



PARA SABER MÁS

BILBAO, ÁLVARO (2015). *El cerebro del niño explicado a los padres*. Plataforma editorial.

KLEIN, LUIZ FERNANDO (1995). Cartilha do PPI. Ed. Loyola. En *Subsídios para a Pedagogia Ignaciana* (pp. 57-76). Ed. Loyola. <https://pedagogiaignaciana.com/biblioteca-digital/biblioteca-general?view=file&id=485:cartilha-do-ppi&catid=8>

MESA, JOSÉ (2019). El apostolado internacional de la educación jesuita: avances recientes y retos contemporáneos. En J. A. Mesa (ed.), *La Pedagogía Ignaciana*. (pp. 448). Universidad Pontificia Comillas-Mensajero-Sal Terrae.



HEMOS HABLADO DE

Educación familiar ignaciana; contexto; experiencia; reflexión; acción; evaluación.

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en marzo de 2024, revisado y aceptado en mayo de 2024.